

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE LITERATURA

EL HABITAR POETICO: VISIONES DEL LAR Y LA CIUDAD EN JORGE TEILLIER

Alumno:

José Luis Rodríguez Jara

Profesor: Cristián Cisternas A.

2006

Epígrafe . .	1
Introducción .	3
I.- <i>Locus amoenus</i> v/s infierno .	7
I. 1.- Las ciudades “invivibles” .	9
II.- El habitar según Heidegger .	13
III.- Lar y ciudad en Teillier .	17
III. 1.- El regreso al lar o la recuperación del paraíso perdido .	18
IV.- Visiones del lar y la ciudad . .	21
IV. 1.- Lar = locus amoenus .	21
IV. 2.- Ciudad = infierno .	27
V.- El habitar poético .	33
Conclusiones .	35
Bibliografía .	37
1.- Obras de Jorge Teillier . .	37
2.- Bibliografía crítica sobre Jorge Teillier . .	37
3.- Bibliografía marco teórico .	38

Epígrafe

*Un hombre de dudoso y triste aspecto
atraviesa los bares
con soledad naviera y de naufragio
irremediable,
hombre de sin embargo, de pero y con pañuelo,
ciudadano honorable y bien peinado,
pero triste, más triste que un domingo en una plaza,
más triste que un cigarro y sin embargo
empecinado en su costumbre
de viajar por las orillas
más desiertas de la noche,
recogiendo rumores de siglos y semanas,
rumor de los oficios y las germinaciones,
mientras cae a su mesa un vino amigo
que se entrega alegre y dócil a sus venas
con toda la tristeza de un domingo.
Delación
Armando Rubio Huidobro*

Introducción

La historia moderna y contemporánea de la humanidad está enlazada inseparablemente con el nacimiento y el desarrollo de las ciudades, a tal punto que es casi inimaginable una vida fuera de ellas, una vida ajena a sus adelantos tecnológicos, a sus comodidades, a los servicios y entretenimientos que ellas ofrecen al ser humano. Si bien estos y otros aspectos de la vida en las ciudades son innegables y han aportado cuotas no despreciables de beneficios a quienes viven en ellas, no es menos cierto que también les han acarreado consecuencias nefastas: el excesivo y desproporcionado crecimiento de las urbes ha aumentado los círculos de pobreza, y así los sectores marginales (y siempre marginados) ven cada vez más alejada su esperanza de acceder a esos beneficios; la delincuencia, la contaminación de todo orden y el ritmo acelerado menoscaban la calidad de vida de los ciudadanos; la legalidad salvaje del dinero se impone ante todo, por sobre los límites morales y éticos (casi todo, en la ciudad, está movilizado por transacciones monetarias); factores que, sumados a otros, hacen descreer en la actualidad en la palabra 'progreso' ('desarrollo de la civilización'¹).

Sin embargo, existe un elemento importante que se desprende de lo anterior y que atañe también al hombre, pero esta vez en su aspecto ontológico, en la esencia de su ser. Y es que (y esto lo advertimos manifiestamente en la literatura) la vida en la ciudad nos presenta al hombre como ajeno, como extraño en ella, si bien la ciudad se ha venido erigiendo como su espacio "natural", en el sentido que está construido y organizado por él mismo. El hombre, al emanciparse de la naturaleza, al cortar los vínculos que antaño lo

¹ Pequeño Larousse Ilustrado. Ediciones Larousse Argentina, Buenos Aires, 1975. P. 842

enraizaban a ella, debe construirse otra naturaleza y esa otra naturaleza es la ciudad. Esta lo provee de sus posibilidades de desarrollo. Pero la ciudad, el “espacio natural” del hombre, es amenazante para él. Hablamos de las ciudades, de las grandes ciudades, no incluimos aquí el desarrollo de los pequeños pueblos o aldeas, pues en ellos existe esa comunión entre hombre y tierra de la que habla Spengler (a la que nos referiremos más adelante) en donde el hombre se siente completo. Cuando esa comunión, ese vínculo, se rompe es cuando el hombre queda a la deriva. Es lo que pasa con el advenimiento de las ciudades, son ellas las causantes de tal quiebre.

Existe un fenómeno anímico que caracteriza especialmente a los habitantes de las ciudades: la indiferencia (“insensibilidad frente a la diferencia de las cosas”, “no se percibe el significado y el valor de las diferencias entre las cosas y, con ello, se acaba por no percibir a las cosas mismas”²). En las ciudades, además, el hombre se siente solo, rodeado de millones de personas, pero solo. La relación que establece con el mundo está basada fundamentalmente en un factor social-económico, no encuentra el “arraigo” más que en el dinero y en lo que él pueda entregarle.

Nuestro trabajo final tiene como eje la situación anterior, aplicándola a la revisión más o menos general de la obra poética de Jorge Teillier y su concepto de *lar*. Nos interesan de forma especial sus palabras publicadas originalmente en el *Boletín de la Universidad de Chile* (Nº 56, mayo de 1965), pues consideramos que son fundamentales para el desarrollo del presente. Teillier dice, refiriéndose a un concepto acuñado por él: “(...)‘los poetas de los lares’ vuelven a integrarse al paisaje, a hacer la descripción del ambiente que los rodea”. Esto a causa de “un rechazo a veces inconsciente a las ciudades, estas megalópolis que desalojan el mundo natural y van aislando al hombre del seno de su verdadero mundo. En la ciudad el yo está pulverizado y perdido (...)”³. En contraposición a esta condición del hombre de la ciudad, el hombre del lar encuentra en éste un mundo ordenado y, más importante aún, un mundo con el que se siente vinculado originariamente, con el que establece una relación de parentesco. Teillier intenta regresar a este mundo ordenado, a este orden inmemorial. Para él la ciudad se erige como un infierno del que debe escapar para volver al lar (su *locus amoenus*) Advertimos, sin embargo, que su regreso es a través de la memoria, pues ante las ciudades este mundo originario se ve destruido.

A continuación desarrollaremos los siguientes puntos, aplicados a la obra de Jorge Teillier mediante el análisis de un corpus de sus poemas que nos entregan sus visiones del lar y la ciudad y la forma en que el sujeto configurado en ellos se desenvuelve:

- La oposición antes mencionada, lar v/s ciudad, al la luz del trabajo de Oswald Spengler *La decadencia de Occidente*, específicamente su capítulo titulado “El alma de la ciudad”.
- Los conceptos ‘habitar’ (percibirse como hombre en la tierra en relación a cuatro

² Simmel, Georg: Las grandes ciudades y la vida intelectual. En: Discusión 2, Barcelona, 1978. Pp. 15, 16

³ Teillier, Jorge: Los poetas de los lares. Nueva visión de la realidad en la poesía chilena. En: Prosas. Editorial Sudamericana Chilena, Santiago, 1999. P. 22

categorías que no actúan separadas, que dialogan, a saber: Tierra y Cielo, los Divinos y los Mortales) y 'patria', entregados por Heidegger en *Filosofía, ciencia y técnica*.

· El concepto de 'heterotopía' ("suerte de contra-emplazamiento, suerte de utopía efectivamente realizada en la que los emplazamientos reales que es posible encontrar en la cultura, están a la vez, representados, contestados e invertidos") manejado por Foucault⁴.

A través del desarrollo de estos tres puntos postulamos que el habitar de Teillier en el lar desaparecido, destruido (el paraíso perdido), es un habitar poético, en el sentido que se da únicamente a través de la poesía, de la escritura. Mediante la escritura, la escritura como consignación de la memoria, Teillier puede volver a habitar en el lar. La escritura es el instrumento de Teillier para escapar del infierno que constituye para él la ciudad. La heterotopía (aquella utopía efectivamente realizada), entonces, en la obra teillieriana, se sitúa en la memoria que se manifiesta a través de la escritura, de la poesía.

⁴ Foucault, Michel: Utopías y heterotopías. En: Revista *Licantropía*, nº 3, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, Santiago, diciembre de 1994. P. 32

I.- Locus amoenus v/s infierno

La oposición campo v/s ciudad adquiere, dentro del trabajo propuesto por nosotros (las visiones del lar y la ciudad en la poesía de Jorge Teillier), caracteres que nos parecen especiales. Esto porque ya no entendemos (en Teillier) el campo sólo como el espacio en el que el hombre, el agricultor, establece una relación directa con la tierra. Por supuesto, no dejamos de lado esta concepción; es parte particularmente importante de nuestro trabajo. Más si atendemos a las palabras de Oswald Spengler en *La decadencia de Occidente*. Aquí, en el capítulo titulado “El alma de la ciudad”, el autor nos dice que existe un cambio de proporciones al establecerse la agricultura. Si antes el hombre era un “animal *errante*” y establecía con la naturaleza una relación hostil, de enemistad, en el sentido que el hombre debía “arrebatar” a la tierra aquello que necesitaba para subsistir, con la agricultura esta relación varía: “El que cava y cultiva la tierra no pretende saquear la naturaleza, sino *cambiarla*. Plantar no significa tomar algo, sino *producir* algo. Pero al hacer esto, el hombre mismo *se torna planta*, es decir, aldeano, arraigando en el suelo cultivado”⁵. De esta manera, al “tornarse planta”, el hombre establece una relación de parentesco con la tierra: ésta es ahora “la *madre tierra*”: “Anúdase una relación profunda entre la siembra y la concepción, entre la cosecha y la muerte, entre el niño y el grano”. Surge, entonces, “la *figura simbólica de la casa labradora*, que en la disposición de sus estancias y en los rasgos de su forma exterior nos habla de la sangre que corre por las venas de sus habitantes. La casa aldeana es el gran símbolo del sedentarismo. Es una

⁵ Spengler, Oswald: *La decadencia de Occidente*. Bosquejo de una morfología de la historia universal. Espasa-Calpe Argentina, S.A. Buenos Aires, 1952. P. 123

planta. Empuja sus raíces hondamente en el suelo “propio”. Es *propiedad* en el sentido más sagrado. Los buenos espíritus del hogar y de la puerta, del solar y de las estancias, Vesta, Jano, los lares y penates, tienen su domicilio fijo, como el hombre mismo”⁶. Pero Spengler nos dice que es la ciudad la que destruye esta relación que el hombre establece con la tierra, esta relación originaria en la que hombre y tierra aunaban sus almas. Spengler nos habla de la decadencia de Occidente ligada directamente a la historia de las ciudades, nacidas primero como aldeas, pero luego contaminadas por el progreso y por la legalidad del dinero que instaura una nueva clase social: la burguesía. Y la burguesía y el progreso sólo pueden darse en las ciudades. Así, las ciudades comienzan a crecer y a crecer, a transformarse en lugares que se desvinculan ya completamente de la tierra; el hombre se desliga de la naturaleza, del origen, a medida que se interna en las megalópolis, en las ciudades globales, ciudades que son parecidas entre sí, prácticamente iguales, que se repiten alrededor de todo el globo (como las ciudades que nos presenta Calvino, ciudades que agotan sus formas, que se hacen iguales y que por eso comienzan a morir). Es éste el comienzo del fin para la historia. La civilización, concepto indisolublemente ligado a la ciudad, que no puede relacionarse con ningún otro lugar, ni con el campo, menos con la naturaleza, encuentra en la ciudad el epílogo de todas las culturas, la muerte de las capacidades humanas, pues las ciudades globales, inmensas y no orgánicas, superan las proporciones humanas.

Tierra, casa, aldea: el domicilio del hombre, el espacio ideal y originario en el que el hombre puede desenvolverse y encontrar su alma mediante una relación de parentesco y de asimilación con los ciclos naturales. Ciudades: pérdida de aquel vínculo originario, destrucción, muerte. Todo esto nos remite inapelablemente a ciertas palabras de Teillier: “Frente al caos de la existencia social y ciudadana los poetas de los lares (sin ponerse de acuerdo entre ellos) pretenden afirmarse en un mundo bien hecho, sobre todo en el del mundo del orden inmemorial de las aldeas y de los campos, en donde siempre se produce la misma segura rotación de las siembras y cosechas, de sepultación y resurrección, tan similares a la gestación de los dioses (recordemos a Dionisios) y de los poemas”⁷.

Se plantea la vuelta a este mundo o lugar originario, a esta especie de *locus amoenus*, pues la ciudad se presenta para Teillier como una suerte de inversión de este tópico, como un infierno. Y ésta vuelta se hace a través de la escritura: “(...)‘los poetas de los lares’ vuelven a integrarse al paisaje, a hacer la descripción del ambiente que los rodea”. Pero esta integración al paisaje no se debe al “origen provinciano de la mayoría de los poetas, que atacados por la nostalgia, el mal poético por excelencia, vuelven a la infancia y a la provincia, sino algo más, un rechazo a veces inconsciente a las ciudades, estas

megalópolis que desalojan el mundo natural y van aislando al hombre del seno de su verdadero mundo. En la ciudad el yo está pulverizado y perdido (...)⁸.

⁶ Idem. P. 123

⁷ Teillier, Jorge: Los Poetas de los lares. Nueva visión de la ealidad en la poesía chilena. En: Prosas. Editorial Sudamericana Chilena, Santiago, 1999. P. 22

Spengler nos dice que las megalópolis son el término de todas las culturas, de todas las civilizaciones, es decir, el término del hombre. Junto con nacer, las ciudades comienzan a morir. Y el hombre de la ciudad también. Teillier quiere expresar la misma idea: en la ciudad el hombre, el yo, se destruye.

I. 1.- Las ciudades “invivibles”

Mencionamos antes a Calvino. Nos referíamos a su obra *Las ciudades invisibles*. Esta es, más que nada, un libro de viajes. Marco Polo, caminante incansable, es quien relata a Kublai Jan, emperador de los tártaros, las ciudades que visita. Pero sus viajes, en este texto, no son viajes físicos: Marco Polo los realiza (viaja) a través del relato que hace al emperador. Su viaje, entonces, es el viaje de su memoria a través del espacio y del tiempo. Junto con Marco Polo, Kublai Jan también viaja: escucha atentamente las relaciones de aquél y recrea en su mente las ciudades que Marco Polo le dice. De esta forma entendemos que el motivo alegórico del viaje que atraviesa a estas ciudades invisibles (ciudades inventadas, como Calvino nos recalca, ciudades con nombre de mujer) les permite la existencia, las hace posibles sólo dentro de la conversación que sostienen Polo y el Jan. Pero estas ciudades son, a su vez, símbolos de las verdaderas ciudades, las que habitamos nosotros. Y el marco en el que estas se encuentran es el de una etapa terminal, de decadencia y desmoronamiento, como lo señalan los diálogos entre estos dos personajes, diálogos que en el texto aparecen en cursivas y que abren y cierran cada una de las nueve series de ciudades que conforman el libro.

Las ciudades relatadas figuran bajo once títulos diferentes: Las ciudades y la memoria; Las ciudades y el deseo; Las ciudades y los signos; Las ciudades sutiles; Las ciudades y los trueques; Las ciudades y los ojos; Las ciudades y el nombre; Las ciudades y los muertos; Las ciudades y el cielo; Las ciudades continuas y Las ciudades escondidas; categorías todas que marcan la pauta para entender las ciudades que se relatan. Así, nos encontramos con Zora, una ciudad que se fija inalterable en la memoria de quien la ha visto aun por primera vez, pero que a fuerza de mantenerse siempre igual, desaparece; con Despina, ciudad que toma la forma del deseo del viajero según cómo éste llegue a ella: el que llega en camello, por el desierto de arena, la piensa como una embarcación que lo sacará de aquel desierto y lo llevará a recalar por distintos puertos, mientras que el que llega por mar (otro desierto) la piensa como un camello que lo depositará en un oasis; con Sofronia, ciudad compuesta de dos ciudades, una fija, la otra provisional: una que contiene un parque de entreteniciones, y la otra compuesta por el palacio, la escuela, las fábricas; con Zemrude, ciudad en la que sus habitantes caminan con la cabeza gacha y la mirada en el suelo, perdiéndose entre las alcantarillas y los papeles sucios; con Eufemia, ciudad en la que los mercaderes se reúnen para intercambiar sus recuerdos; o con una ciudad que se repite en el reflejo de un lago, o con una que parece ser una gran tumba, pues no contiene aire sino tierra.

⁸ *Idem. Pp. 22, 23*

Calvino desarrolla en *Las ciudades invisibles* la idea de que la ciudad arquetípica se encuentra en la mente de cada uno de sus habitantes. Marco Polo tiene una propia, Kublai Jan también. Como mencionábamos antes, mediante el relato cada uno completa aquel arquetipo que está constituido de la memoria y del deseo, de lo que se recuerda y de lo que se anhela, de lo que se espera. Esto tiene que ver, quizás, con la búsqueda de un lugar utópico, de un lugar esencial al que se aspira y del que se tiene la intuición. Esta intuición está ligada a la nostalgia, existe la esperanza de aquel lugar, su encuentro significa también su recuperación (lo que se da claramente en Teillier, aplicado a la aldea).

Pero, según parece, las ciudades están destinadas a destruirse y desaparecer. Es decir, su nacimiento implica su desarrollo y su “apogeo”, pero también implica inapelablemente su desaparición. Es lo que nos dice Spengler. Cuando las ciudades pequeñas, las aldeas, pierden su esencia, cuando comienzan a crecer desproporcionadamente, cuando comienzan a parecerse y se despojan de individualidad, cuando no encuentran su forma propia, cuando se hacen iguales, comienzan a morir. Plantea Calvino en su texto: “El catálogo de las formas es inmenso: hasta que cada forma no haya encontrado su ciudad, nuevas ciudades seguirán naciendo. Donde las formas agotan sus variaciones y se deshacen, comienza el fin de las ciudades. En los últimos mapas del atlas se diluían retículos sin principio ni fin, ciudades en forma de Los Angeles, en forma de Kyoto-Osaka, sin forma”⁹. Ciudades impersonales, frías, grises, que transmiten al hombre sus características: el hombre de la ciudad se automatiza, deambula en tensión constante, el hombre de la ciudad también quiere morir.

Y Kublai Jan intuía esto: intuía que su imperio también se desmoronaba, que luego del dominio y de los territorios conquistados venía el fin, que ese imperio era un “desmoronarse sin fin ni forma”. Marco polo también intuía aquel fin de las ciudades y lo compara a un infierno “que habitamos todos los días, que formamos estando juntos”¹⁰.

De acuerdo a lo último, podemos pensar en *Las ciudades invisibles* como un llamado a la reflexión acerca de las ciudades actuales y, siguiendo a Spengler, decir que el texto manifiesta el desgaste al que se somete la ciudad y el ser que la habita, que se acerca peligrosamente a la muerte en medio de ese infierno. Pero Calvino propone dos soluciones para “no sufrir” el infierno: “La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más (que es lo que sugiere Spengler: la ciudad es para el hombre su punto de referencia, es el medio “natural” en el que se mueve, por lo tanto no percibe su tendencia a la muerte, es decir, esta tendencia ya es parte de él, no le es extraña, algo que le moleste). La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar y darle espacio”¹¹.

Las ciudades “invivibles” parecen tomarse el texto. Y, de cierta forma, aunque

⁹ Calvino, Italo: *Las ciudades invisibles*. Minotauro, tercera edición, abril de 1988. Pp. 150, 151

¹⁰ Idem. P. 175

¹¹ Ibid. P. 175

Calvino quiere o intenta dar una luz de esperanza, podemos comprobar que su visión de “infierno” es palpable: lo comprobamos en la ciudad gris, oscura, que habitamos, que debe ser muy parecida a las demás ciudades grandes del mundo, parecida en lo que le transmite al hombre o en lo que éste refleja de ella: su oscuridad. Ciudades que a pesar de estar repartidas por todo el planeta se van quedando solas, igual que sus habitantes.

II.- El habitar según Heidegger

Frente al “caos” de la vida en las ciudades, según palabras del propio poeta, lo que queda es regresar al lar, que en Teillier lo entendemos como aquel pueblo pequeño, la aldea y, en ella, la casa en la que habita el hombre, pero en la que no habita solo: lo acompañan la relación de pertenencia que establece con la tierra, con los objetos cotidianos, con los antepasados muertos, con la memoria; la casa que, en este sentido, también vive, que no es solamente una vivienda en el sentido convencional que se le da hoy, que no es sólo un dormitorio. Es la *casa labradora* de la que habla Spengler en la que “los buenos espíritus del hogar y de la puerta, del solar y de las estancias, Vesta, Jano, los lares y penates, tienen su domicilio fijo”¹², habitan junto al hombre.

La ciudad se nos presenta en Teillier como el infierno en el cual el hombre se desintegra y pierde su centro, su domicilio en el mundo, viviendo en constante angustia existencial. El plantea, en la poética anteriormente citada (“Los poetas de los lares...”) una vuelta al lugar de origen, al “mundo donde verdaderamente habit[a]” (mundo que, veremos luego, se constituye como su poesía o su “experiencia poética”): es una vuelta al lar, al domicilio, a la casa o la residencia, a la aldea, aquel lugar ordenado donde las cosas son verdaderas, donde es posible el “habitar” como lo plantea Heidegger: percibirse como hombre en la tierra en relación a cuatro categorías que no actúan separadas, que dialogan, a saber: Tierra y Cielo, los Divinos y los Mortales. Es decir, se habita sobre la tierra, bajo el cielo, ante los divinos y perteneciendo a la comunidad de los mortales. A estas cuatro categorías que trabajan juntas, a este “despliegue unitario”,

¹² Spengler, Oswald: Op. Cit. P. 123

Heidegger lo llama *lo cuadrante [das Geviert]*: “Los mortales *son* lo cuadrante, *habitando*. Pero, el rasgo fundamental del habitar es el proteger. Los mortales habitan de manera que ellos protegen lo cuadrante en su esencia”.¹³ El hombre habita, entonces, cuando salva la Tierra, cuando la libera “en su propia esencia”, no dominándola ni explotándola; habita cuando vive en armonía con los ciclos de los cielos: el día y la noche, las estaciones del año; habita cuando espera “lo inesperado”, lo divino, aguardando su señal; habita cuando tiene “el poder de la muerte en cuanto muerte”, cuando su esencia de mortal lo hace dirigirse a una buena muerte, una muerte que no significa desaparición ni aniquilamiento. El proteger lo cuadrante es posible sólo si los mortales tienen su morada junto a las cosas “dejadas en su esencia”, “la morada junto a las cosas es el único modo como se realiza unitariamente, en cada caso, la morada cuádruple en lo cuadrante”¹⁴. Luego Heidegger accede a otro estadio de la cuestión: el construir. Nos dice que “el vínculo del hombre con los lugares y, por medio de lugares, con espacios, estriba en el habitar. La relación de hombre y espacio no es otra cosa que el habitar esencialmente pensando.

”Si nosotros pensamos y repensamos, de la manera intentada, la referencia entre lugar y espacio, pero también la relación de hombre y espacio, se arroja entonces una luz sobre la esencia de las cosas, que son lugares y que nosotros llamamos construcciones”. Y, según Heidegger, una construcción en un “lugar [que] introduce el despliegue unitario de Tierra y Cielo, de los Divinos y los Mortales en un paraje, erigiendo el paraje en espacios. El lugar espacia a lo cuadrante en un doble sentido. El lugar admite a lo cuadrante y el lugar erige a lo cuadrante”. Este doble espaciar constituye la morada de los hombres, que no necesariamente son habitaciones en el sentido convencional: “El producir tales cosas es el construir”

¹⁵ .

Heidegger habla de una “falta-de-patria” del hombre que estribaría principalmente en que “la *auténtica penuria del habitar*” del hombre actual no radica en la falta de habitaciones, sino en que éste debería “buscar nuevamente la esencia del habitar, en que *tendría que aprender ante todo a habitar*”¹⁶. Es decir, meditar en la falta-de-patria lo libera de esta condición de penuria; el pensar para el habitar y el construir para el habitar lo lleva a hacerlo en plenitud.

El hombre es tal cuando es capaz de habitar de acuerdo a aquellos cuatro puntos cardinales, esto es, cuando es capaz de habitar en relación con el tiempo, el espacio, lo desconocido y la tierra, y de erigir una morada, “un lugar en el mundo”, una construcción que admita aquel despliegue unitario.

Pero Heidegger deja traslucir que este modo de habitar ha desaparecido, pues lasa

¹³ Heidegger, Martin: Construir, habitar, pensar. En: Filosofía, ciencia y técnica. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2003. Pp. 204, 205

¹⁴ Idem. P. 207

¹⁵ *Ibid.* Pp. 214, 215

¹⁶ *Ibid.* P. 219

ciudades, las grandes ciudades, rompen los vínculos del hombre con el espacio y con lo cuadrante, imponiendo un nuevo vínculo: el social. La “morada junto a las cosas” que plantea no es posible en las ciudades, en gran parte por la legalidad que impone el dinero. Simmel, citado en la introducción a nuestro trabajo, dice que el dinero priva de su peculiaridad (de su esencia) a las cosas, y que por esto lo que domina en el hombre es la indiferencia frente a ellas no porque no las vea, sino porque pierden significación para él: “La esencia de la indiferencia es la insensibilidad frente a las diferencias de las cosas, no en el sentido de que aquellas no sean percibidas, como es el caso de quienes tienen abotargados sus sentidos, sino que no se percibe el significado y el valor de las diferencias entre las cosas y, con ello, se acaba por no percibir las cosas mismas. Ante el indiferente se presentan bajo una uniforme, opaca y gris apariencia, de manera tal que no parece tener ningún valor preferir unas a otras. Este talante anímico es el reflejo fiel de una economía del dinero que se impone totalmente”¹⁷.

De haber una crisis del habitar en las ciudades, lo pertinente es volver a la aldea, a la casa, pero, esencialmente, al habitar fundamentado en el construir y en el pensar, no en la economía.

¹⁷ Simmel, Georg: Op. Cit. P. 16

III.- Lar y ciudad en Teillier

Pensando en lo anteriormente expuesto, podemos darnos cuenta que el pensamiento de Teillier y su concepto de “poesía de los lares” coincide con lo planteado por Spengler, Calvino y Simmel. Para Teillier el hombre de la ciudad muere, se “pulveriza”, por cuanto no encuentra su centro y no habita (a la manera de Heidegger), no encuentra su “lugar en el mundo”. Y, en contraposición a esta condición del hombre de la ciudad, el hombre del lar encuentra en éste un mundo ordenado y, más importante aún, un mundo con el que se siente vinculado originariamente, con el que establece una relación de parentesco. En la ciudad el hombre vive en constante angustia existencial, se siente extranjero, extraño en el mundo; no hay vínculo entre el hombre y la ciudad más allá que el que se establece mediante los elementos del progreso y de la tecnología, de los cuales Teillier desconfía totalmente y que son, en gran medida, los causantes de esa angustia, pues el hombre vive siempre en búsqueda de ellos, establece su vida en función de la obtención de ellos. En cambio, en el lar el hombre se asimila al ciclo de la naturaleza, de las cosas, en el lar existe el orden que no se encuentra en las ciudades. A diferencia de las ciudades en las que el orden está determinado, principalmente, por la economía, por el flujo del dinero y todo lo que esto implica, en el lar el orden es de una ‘naturaleza diferente’: en el lar el orden está dado, precisamente, por la misma naturaleza (las estaciones del año, los ciclos de siembra y cosecha, de nacimiento, muerte y resurrección, por ejemplo) y el hombre, al asimilarse al orden natural y (como dice Teillier, dándole un carácter mítico) al “orden inmemorial”, entra en comunión directa con ellos: “frente al caos de la existencia social y ciudadana los poetas de los lares (sin ponerse de acuerdo entre ellos) pretenden afirmarse en un mundo bien hecho, sobre todo en el del mundo del orden inmemorial de

las aldeas y de los campos, en donde siempre se produce la misma segura rotación de las siembras y cosechas, de sepultación y de resurrección, tan similares a la gestación de los dioses (recordemos a Dionisios) y de los poemas. Por omisión se repudia entonces el mundo mecanizado y estandarizado del presente, en donde el hombre medio sólo aspira a las pequeñas metas del confort como el auto, la televisión; en donde el habitante de nuestros países pierde su individualidad gracias al lavado mental de la propaganda y el deslumbramiento impuestos por el ejemplo y la propaganda de formas foráneas de vida (esas formas que causan millones de neurosis en nuestro “Gran Vecino del Norte”) (...); en donde la ciencia al servicio de intereses económicos amenaza con llevarnos a una destrucción atómica final.”¹⁸

III. 1.- El regreso al lar o la recuperación del paraíso perdido

Como dijimos anteriormente, Teillier plantea este volver a la casa, a la aldea, al lar, al origen; nos presenta el lar como el lugar donde es posible el habitar sustentado en el construir y pensar, como lo dice Heidegger: en el lar es posible ser un “ser humano” en el sentido pleno: en relación con el cielo y la tierra, y al habitar en el suelo donde están enterrados los propios muertos.

Sin embargo, Teillier nos muestra este mundo del origen, el mundo del lar, en una etapa de degradación, en una etapa terminal. La aldea ya no existe, ha sido destruida por las ciudades, y ahora está incluida en un mito, mito que también se está perdiendo. Ya no hay integración del sujeto con la aldea, la relación está quebrada: “La tendencia lárca (...) [f]undada en la obra de Jorge Teillier (...) es una poesía del lugar de origen”, nos dice Federico Schopf. Pero agrega inmediatamente: “La poesía de Teillier representa el mundo lárca en un momento en que está acabado, en que asume una apariencia de estabilidad sustentada en las huellas de una forma de vida y un vago espesor pasado”¹⁹.

La aldea, el lar, como un lugar del pasado, como un lugar mítico, como un lugar que ha desaparecido, que no puede volver a recuperarse, del que sólo quedan huellas. Y si para Teillier este lugar destruido es el ideal, entonces pasa a conformarse como un paraíso perdido que es también la infancia. La poesía lárca, entonces, es un intentar recuperar ese paraíso perdido: “Los poetas lárca, dice Teillier, aspiran a volver a una realidad más auténtica, al paraíso perdido que de alguna manera experimentaron en su infancia, en las comunidades provincianas que van recreando en su obra con nostalgia y con una conciencia profundamente mítica”²⁰.

La poética de Teillier es una de salida y de (eterno) retorno al mundo lárca perdido, a

¹⁸ Teillier, Jorge: Los poetas de los lares... . En: Prosas. Pp. 25, 26

¹⁹ Schopf, Federico: El rojo esplendor de una catástrofe. En: www.uchile.cl/cultura/teillier . Originalmente en: La Epoca, 12 de mayo de 1996

esta aldea que desaparece. Cuando el sujeto se traslada a la ciudad, la aldea pasa a configurarse por la nostalgia, por la memoria. Entonces, la vuelta que realiza es la vuelta a un lugar que ya es parte del mito, un lugar que ha desaparecido frente a la modernidad, un lugar irrecuperable físicamente, sólo accesible mediante la memoria. La memoria se constituye, en la poesía de Teillier, como la (re)constructora del lugar de origen, del lar (lugar donde se despliega lo cuadrante de Heidegger en el poeta) y la posibilitadora de la vuelta a él. El regreso se realiza mediante la memoria. Advertimos, sin embargo, que incluso esta vuelta en la memoria es una vuelta a un lugar que va desapareciendo, como veremos en el capítulo siguiente mediante el análisis de algunos poemas.

²⁰ Binns, Nial: Reescritura y política en la poesía de Jorge Teillier. En: Acta literaria, Universidad de Concepción, Facultad de Humanidades y Arte, N° 22, 1997. Pp. 97, 98

IV.- Visiones del lar y la ciudad

En Teillier nos encontramos con dos etapas:

- La etapa de los ojos cerrados: se niega la modernidad, se defiende el espacio láríco, pero se hace a través de la memoria y la nostalgia (“la sal y el agua de mis días sin objeto”, nos dice el poeta), la aldea se configura como desde el sueño.
- La etapa en que el sujeto abre los ojos en la ciudad y habla, particularmente, desde el bar y la clínica psiquiátrica.

IV. 1.- Lar = locus amoenus

Si bien Teillier aboga por el lar, la aldea o la casa, ya desde el poema que abre su primer libro, poema titulado “Otoño secreto”, nos encontramos con la lamentación del hablante por un orden anterior perdido:

Cuando las amadas palabras cotidianas pierden su sentido, y no se puede nombrar ni el pan, ni el agua, ni la ventana, y la tristeza ha sido un anillo perdido bajo nieve, y el recuerdo una falsa esperanza de mendigo, y falso todo diálogo que no sea con nuestra desolada imagen, aún se miran las destrozadas estampas en el libro del hermano menor, es bueno saludar los platos y el mantel puestos sobre la mesa, y ver que en el viejo armario conservan su alegría el licor de

guindas que preparó la abuela y las manzanas puestas a guardar. Cuando la forma de los árboles ya no es sino el leve recuerdo de su forma, una mentira inventada por la turbia memoria del otoño, y los días tienen la confusión del desván donde nadie sube, y la cruel blancura de la eternidad hace que la luz huya de sí misma, algo nos recuerda la verdad que amamos antes de conocer; las ramas se quiebran levemente, el palomar se llena de aleteos, el granero sueña otra vez con el sol, encendemos para la fiesta los pálidos candelabros del salón polvoriento y el silencio nos recuerda el secreto que no queríamos escuchar.²¹

La lamentación del hablante por lo perdido se traduce también en la pérdida del sentido de las palabras, en la incomunicación: “Cuando las amadas palabras cotidianas/ pierden su sentido,/ y no se puede nombrar ni el pan,/ , ni el agua, ni la ventana (...)”. Nos encontramos en el espacio de la casa y el sujeto adquiere consuelo con la contemplación de los objetos cotidianos: “(...) aún se miran las destrozadas estampas/ en el libro del hermano menor,/ es bueno saludar los platos y el mantel puestos sobre la mesa,/ y ver que en el viejo armario conservan su alegría/ el licor de guindas que preparo la abuela/ y las manzanas puestas a guardar”. Se advierte la presencia de una religión doméstica, de lo cotidiano (el cielo y la tierra, lo divino y los mortales se despliegan en unidad). Pero el otoño y su “turbia mirada” parecen ser el fin de este lugar mítico: la forma de los árboles es sólo el leve recuerdo de su forma, la “blancura de la eternidad” es cruel, los días son confusos como el “desván donde nadie sube”. Existe un lamento por esta confusión, una nostalgia del orden. El sujeto contempla la totalidad del mito, pero se asiste a una degradación: no hay forma ni verdad, lo ideal se diluye: “(...) algo nos recuerda la verdad que mamamos antes de conocer; /las ramas se quiebran levemente,/ el palomar se llena de aleteos,/ el granero sueña otra vez con el sol,/ encendemos para la fiesta los pálidos candelabros/ del salón polvoriento/ y el silencio nos revela el secreto/ que no queríamos escuchar”.

En “Bajo un viejo techo” (PAG, 28, 29) también nos encontramos con aquel orden perdido, aquel orden de la casa en la aldea, orden que en Teillier se vincula indisolublemente a la niñez, motivo que cruza toda su obra:

Esta noche duermo bajo un viejo techo, los ratones corren sobre él, como hace mucho tiempo, y el niño enterrado en mí renace en mi sueño, aspira de nuevo el olor de los muebles de roble, y mira lleno de miedo hacia la ventana, pues sabe que ninguna estrella resucita. Esa noche oí caer las nueces desde el nogal, escuché los consejos del anciano reloj, supe que el viento vuelca una copa de cielo, que las sombras se extienden, y la tierra las bebe sin amarlas, pero el árbol de mi suelo sólo daba hojas verdes que maduraban en la mañana con el canto del gallo. Esta noche duermo bajo un viejo techo, Los ratones corren sobre él, como hace mucho tiempo, pero sé que no hay mañanas, y no hay cantos de gallos; no quiero escuchar las palabras del reloj enfermo, abro los ojos, para no ver reseco el árbol de los sueños, y bajo él, la muerte que me tiende la mano.

²¹ Teillier, Jorge: *Para ángeles y gorriones*. Editorial Universitaria, Colección *El poliedro y el mar*, Santiago de Chile, tercera edición, septiembre de 1999. Pp. 17, 18. (De aquí en más, cuando citemos de los libros del poeta, lo haremos de la siguiente forma: PAG (Para ángeles y gorriones); DP (Los dominios perdidos); CF (Crónica del forastero); PPF (Para un pueblo fantasma). Acompañará al símbolo el número de página correspondiente. En la bibliografía final se indicarán las ediciones respectivas.)

Es posible rastrear el tópico del paraíso perdido que, en el caso que nos ocupa, se despliega o manifiesta de dos maneras: el paraíso perdido del lar y el paraíso perdido de la niñez. Leemos: “Esta noche duermo bajo un viejo techo,/ los ratones corren sobre él, como hace mucho tiempo,/ y el niño enterrado en mí renace en mi sueño,/ aspira de nuevo el olor de los muebles de roble,/ y mira lleno de miedo hacia la ventana,/ pues sabe que ninguna estrella resucita”. El sujeto vuelve a dormir “bajo un viejo techo”, renace el niño, vuelve a escuchar los sonidos de la infancia: pero todo esto ya no existe, el sujeto tiene la certeza de que este mundo ha desaparecido: “Esa noche oí caer las nueces desde el nogal,/ escuché los consejos del anciano reloj,/ supe que el viento vuelca una copa de cielo,/ que las sombras se extienden,/ y la tierra las bebe sin amarlas,/ pero el árbol de mi suelo sólo daba hojas verdes/ que maduraban en la mañana con el canto del gallo.

”Esta noche duermo bajo un viejo techo,/ los ratones corren sobre él, como hace mucho tiempo,/ pero sé que no hay mañanas, y no hay cantos de gallos;/ no quiero escuchar las palabras del reloj enfermo,/ abro los ojos, para no ver reseo el árbol de los sueños,/ y bajo él, la muerte que me tiende la mano”. No hay gallo ni mañana, el reloj se ha vuelto enfermo, y el árbol que daba hojas verdes ahora está reseo.

Alegría Centellean los rieles pero nadie piensa en viajar. De la sidrería viene olor a manzanas recién molidas. Sabemos que nunca estaremos solos mientras haya un puñado de tierra fresca. La llovizna es una oveja compasiva lamiendo las heridas hechas por el viento de invierno. La sangre de las manzanas ilumina la sidrería. Desaparece la linterna roja del último carro del tren. Los vagabundos duermen a la sombra de los tilos. A nosotros nos basta mirar un puñado de tierra en nuestras manos. Es bueno beber un vaso de cerveza para prolongar la tarde. Recordar el centelleo de los rieles. Recordar la tristeza dormida como una vieja sirvienta en un rincón de la casa. Contarles a los amigos desaparecidos que afuera llueve en voz baja y tener en las manos un puñado de tierra fresca. (DP, 28)

Aparecen en este poema, como en los anteriores, los objetos cotidianos de la aldea: los rieles, el tren, la sidrería, la llovizna del invierno. Estos objetos quieren significar, quizás, el paso del tiempo que no se detiene, lo que se va, lo que se pierde: “La sangre de las manzanas/ ilumina la sidrería”; “Desaparece la linterna roja/ del último carro del tren”. Sin embargo, para el hablante plural eso carece de importancia pues sabe que nunca estará solo “mientras haya un puñado de tierra fresca”. Este elemento, la tierra fresca, y la relación que establece el hablante con ella le da la seguridad de que todo está bien, como antes; que el paso del tiempo, simbolizado por el paso del tren, no logra afectarlo ni dejarlo en el abandono. Pero esta seguridad está sustentada en los recuerdos y, al ser así, la tierra fresca que alejaba la soledad del sujeto, parece adquirir la misma consistencia de ellos: “Es bueno beber un vaso de cerveza/ para prolongar la tarde./ Recordar el centelleo de los rieles./ Recordar la tristeza/ dormida como una vieja sirvienta/ en un rincón de la casa./ Contarles a los amigos desaparecidos/ que afuera llueve en voz baja /y tener en las manos/ un puñado de tierra fresca”. El alcohol comienza a manifestarse como el refugio frente a la pérdida, pero también como un acicate para la memoria.

“Twilight” (DP, 29) nos habla de la modernidad que Teillier, si bien no rechaza

directamente, nos muestra a través de elementos que al momento de la escritura ya son antiguos, por lo que se los dota de cierta aura, del aura que envuelve a todo el mundo del lar:

Todavía yace bajo el manzano el tálburi cansado de los abuelos ¿Quién recogerá esas manzanas donde aún brilla un sol de otra época? El cerco se pudre. La ortiga invade el jardín. Alguien mira al tálburi y apenas lo distingue en la luz oscilante entre la tarde y la noche. Bodas y entierros. Una tarde entera luchando contra el barro Cuando íbamos al pueblo recién fundado. Un viaje de ebrios entre la susurrante penumbra esquivando las ramas enloquecidas. Viajamos y viajamos aún sabiendo que todo no puede sino terminar en una casa miserable desde donde se mira esa luz obstinada en pelear contra la noche. ¿Quién recogerá las manzanas donde aún puede vivir un sol de otra época? La ortiga invade el jardín. El día no alcanza a refugiarse en la casa. Para huir de la oscuridad sólo hay un tálburi cansado que no se cansa de luchar contra la noche.

Este poema también nos habla de la desaparición de la aldea, de su destrucción, ya por el paso del tiempo, ya por que se han olvidado de ella: “¿Quién recogerá esas manzanas/ donde aún brilla un sol de otra época?/ El cerco se pudre./ La ortiga invade el jardín./ Alguien mira al tálburi/ y apenas lo distingue/ en la luz oscilante/ entre la tarde y la noche”. El tiempo (el gran enemigo) y el olvido hacen de las suyas; no hay posibilidad de resistirlos. Y ya la aldea y la casa no son el refugio, no hay salvación en ellas: “Viajamos y viajamos/ aún sabiendo que todo no puede sino terminar/ en una casa miserable donde se mira/ esa luz obstinada en pelear contra la noche”. El sujeto se encuentra frente a los restos, frente a lo que queda del lar: el cerco podrido, la ortiga que ha devorado el jardín, la luz indefinida del crepúsculo que precede a la oscuridad. Es de interés lo que dice Ana Traverso acerca de la destrucción que opera en el lar. Aún no encontramos en estos poemas elementos que nos remitan directamente al progreso o la tecnología y a la ciudad; es decir, la destrucción que sufre la aldea y la casa son consecuencia únicamente del efecto erosivo del tiempo (la destrucción opera, entonces, naturalmente) y, por cierto, del olvido: “Sus modestas construcciones (las de la aldea o pueblo) se han ido desvencijando lentamente –el molino, el granero, una puerta-, y en esta distendida decadencia no ha operado otro factor que el tiempo. (...). En este total desmoronamiento que afecta al paisaje, a las construcciones y al mismo poeta, no opera una fuerza externa. El mundo lárlico se consume, decae con la naturalidad del crepúsculo o del otoño”²². La ciudad aún no irrumpe en estos poemas; es más, el lar aún no es contaminado por ella, algo que sí ocurre a partir de *Crónica del forastero* como veremos más adelante.

Fin del mundo El día del fin del mundo será limpio y ordenado como el cuaderno del mejor alumno. El borracho del pueblo dormirá en una zanja, el tren expreso pasará sin detenerse en la estación, y la banda del Regimiento ensayará infinitamente la marcha que toca hace veinte años en la plaza. Sólo que algunos niños dejarán sus volantines enredados en los alambres telefónicos, para volver llorando a sus casas sin saber qué decir a sus madres y yo grabaré mis iniciales

²² Traverso, Ana: Las ruinas y Jorge Teillier. En: www.uchile.cl/cultura/teillier. Originalmente en: *El Metropolitano*, Santiago, domingo 30 de mayo de 1999

en la corteza de un tilo pensando que eso no sirve para nada. Los evangélicos saldrán a las esquinas a cantar sus himnos de costumbre. La anciana loca pasará con su quitasol. Y yo diré: “El mundo no puede terminar porque las palomas y los gorriones siguen peleando por la avena en el patio”. (DP, 51)

En este poema encontramos de nuevo el orden anhelado. Es el fin del mundo y en el pueblo todo sigue tal cual es, todo funciona, revelando un orden y una continuación reiterada de las cosas que sólo puede darse ahí, en el lar: “(...) Y yo diré: “El mundo no puede terminar/ porque las palomas y los gorriones/ siguen peleando por la avena en el patio” ”. El pueblo se hace ajeno al mundo, por lo que niega todo aquello que lo conduce a su fin y niega, con esto, su propio fin. Las palomas y los gorriones que pelean en el patio son suficiente razón para que el hablante descrea del fin del mundo. Teillier construye una realidad propia a partir de elementos cotidianos; son estos los que sustentan el orden del lar. Pero lo hace a través de la fantasía que, junto con la memoria, erigen esta realidad como “el campo de batalla de este poeta”²³.

Crónica del forastero es el epílogo de la etapa de los ojos cerrados de Teillier. En esta crónica nos encontramos con el mundo del lar en su totalidad, con los elementos que lo definen (el molino, las carretas, los mapuches, la bodega), con el mundo de la niñez y del pasado. Pero también es un mundo situado en la memoria y en la nostalgia. Teillier juega con los recuerdos a la gallina ciega.

Ahora se advierte en Teillier la oposición pueblo v/s ciudad:

XI Ninguna ciudad es más grande que mis sueños. Volveré al invierno del sur cuando las raíces blanqueadas por la lluvia muestren la calavera del tiempo bajo el sorpresivo vuelo de carbón y nieve de queltehues que no se cansan de pedir agua. Pasado el Puente del Malleco Mi amigo me invita a comer de sus provisiones. Hablamos con nuestros compañeros de banco: un militar jubilado y un campesino de manta de /castilla Nos invitan a tomar pipeño. Nos desafían a jugar brisca. El tren se detiene. Trazo un círculo en la ventanilla borrando el gélido aliento de la noche: No hay estrellas. Sólo un pobre nido de luces sobre una estación. Alguien despierta y mira sorprendido. Atravieso el Bío-Bío y avanzan pueblos terrosos /que no me doy el trabajo de mirar. Entrego mi pasaje al conductor. Los vagones forman un largo cortejo. En la madrugada entumecida de Chillán tomamos /café con aguardiente. El sol del alba nos levanta los párpados cerca de /Rancagua (allí vimos una vez predicar al /Cristo del Elqui). El mismo ciego de la infancia sigue tocando su /guitarra. Se llega a la Estación central perdido entre el gentío. La armazón de fierro retiene el eco de nuestros pasos /para mascullar oscuras canciones. Vagaré por las calles y sin querer me detendré frente /a una bodega. Hay un libre olor a tierra tras la lluvia, y vuelvo al patio donde saludo la nubecilla enviada /por la última locomotora a vapor. (CF, 27, 28)

Se emprende el viaje hacia la ciudad, pero se tiene la seguridad de que se volverá al sur y a su invierno. Pero el tren y sus vagones parecen un cortejo (¿fúnebre?) que atravesara los pueblos hasta llegar a Santiago donde el sujeto finalmente se pierde entre la

²³ Valdivieso, Jaime: La otra realidad de Teillier. En: www.uchile.cl/cultura/teillier . Originalmente en: Trilce, nº 1, junio de 1997, Concepción.

muchedumbre, donde se hace anónimo. Sin embargo, el comienzo de este canto comienza con el verso: “Ninguna ciudad es más grande que mis sueños”. Y, efectivamente, vuelve al sur, pero lo hace en las calles de la ciudad, donde se encuentra una bodega y puede oler la tierra tras la lluvia. Su deseo lo hace volver, pero en la imaginación.

En la ciudad el sujeto ya pierde su centro, queda solo. Al parecer, la vuelta ya no es posible. Se ha extraviado del paraíso y la memoria no alcanza para recuperarlo (o quizás el sujeto ya no quiere recordar). Leemos:

XX Quedé solo en medio del bosque. El bosque ya no me reconocía. Hermanos y amigos partieron hacia los cuatro brazos del horizonte. En la lejanía encendieron fogatas en círculos de piedra. Me senté junto a una hoguera a punto de extinguirse sin poder recordar cuales eran las piedras de donde nacía el fuego, esas piedras que me enseñaron a frotar una mañana de caza. El bosque se estremece soñando con los grandes animales que lo recorrían. El bosque cierra sus párpados y me encierra. XXI Soñabas en una torre incendiada. De tu estrella derribada brotaría una extraña sangre. En el pozo hecho para recoger la plata centelleante de la estrella contemplamos animales muertos. Caballos encabritados se abalanzan sobre nosotros desde los espejos de sueños prohibidos. Quizás será necesario perder hasta la casa natal. Que nuestras manos no reconozcan nuestros rostros. Que todos nos nieguen. Salgamos a dar de comer a las ratas nuestras buenas amigas. Cae, lluvia pulverizada Sobre huérfanos extraviados de un paraíso. (CF, 48, 49)

El bosque olvida al sujeto; éste no recuerda las piedras del fuego primario. Tal vez eso sea lo necesario, lo que se debe hacer en la ciudad: dejarle espacio al olvido. O quizás eso es lo que produce la ciudad: insta al individuo al olvido, a desconocer el origen (“la casa natal”), el propio rostro: el yo, en la ciudad, está “pulverizado”, es el huérfano extraviado del paraíso.

XXII “El viento sabe que vuelvo a casa, ha detenido el ruido de las goteras de lluvia en el /alero”. Así escribía un poeta de hace diez siglos. Pero ahora el viento ignora quién vuelve a casa. Por eso grita en estos espacios más fuerte que en las /ciudades en donde muere el noble tiempo en que todos eran /pioneros, guerreros o poetas. Que siquiera se oiga en los pueblos, pero también ha perdido su sentido en los pueblos. Ya no aparecen las bandadas de choroyes y torcazas /que abrumaban los manzanos silvestres. No hay muebles, ni guanacos, ni avestruces y los lobos marinos no se apiñan en las costas. “La tierra daba el triple de lo que le pedían. Las máquinas no alcanzaban a trillar el trigo de las sementeras. Rebaños innumerables asomaban sus ojos entre los altos pastizales, las vegas y las llanuras. Sobraba la comida”. Ahora, bosques quemados. Tierra que muestra su desnuda y roja osamenta. Faltan madera y trigo. Sobran radios portátiles y mañana tendremos televisión. Sin embargo, La tierra permanece. Lo sabe la ciudad en sus pesadillas y las bombas preparan las mortajas para los deslumbrantes rascacielos. Un día volveremos al primer fuego. Y los sobrevivientes apenas podrán conservar “un ramo de gencianas y una palabra amada”. (CF, 50, 51)

En este canto nos encontramos con la oposición naturaleza v/s tecnología. La naturaleza vencerá: “Sobran radios portátiles/ y mañana tendremos televisión./ Sin embargo,/ la

tierra permanece”. La ciudad es presentada como el lugar de la muerte (y como el lugar que va a morir), como el infierno, y el pueblo como aquel paraíso perdido al que se volverá: “Lo sabe la ciudad en sus pesadillas/ y las bombas preparan las mortajas/ para los deslumbrantes rascacielos./ Un día/ volveremos al primer fuego”.

IV. 2.- Ciudad = infierno

Teillier abre los ojos. Su poesía entra de lleno en la ciudad:

Cuando todos se vayan A Eduardo Molina Ventura Cuando todos se vayan a otros planetas yo quedaré en la ciudad abandonada bebiendo un último vaso de cerveza, y luego volveré al pueblo donde siempre regreso como el borracho a la taberna y el niño a cabalgar en el balancín roto. Y en el pueblo no tendré nada que hacer, sino echarme luciérnagas a los bolsillos o caminar a orillas de rieles oxidados o sentarme en el roído mostrador de un almacén para hablar con antiguos compañeros de escuela. Como una araña que recorre los mismos hilos de su red caminaré sin prisa por las calles invadidas de malezas mirando los palomares que se vienen abajo, hasta llegar a mi casa donde me encerraré a escuchar discos de un cantante de 1930 sin cuidarme jamás de mirar los caminos infinitos trazados por los cohetes en el espacio. (DP, 86)

Sí, Teillier abre los ojos. Nos encontramos con el sujeto desplazado a la ciudad, una ciudad vacía, abandonada, y con la vuelta de éste al pueblo. Pero advertimos que, nuevamente, el pueblo o la aldea están en proceso de destrucción, como lo atestiguan el balancín roto, los rieles oxidados, el roído mostrador del almacén, los palomares que se vienen abajo, las calles invadidas de maleza. Encontramos también la negación de la modernidad que hace Teillier (y que cuando nombra objetos de la modernidad estos ya son anticuados): “(...) me encerraré a escuchar/ discos de un cantante de 1930/ sin cuidarme jamás de mirar/ los caminos infinitos/ trazados por los cohetes en el espacio”.

En “Aparición de Teófilo Cid” (DP, 97, 98) Teillier señala que antes de la ciudad sí existía el orden del lar: existía el río, las lomas florecidas, el bosque, los verdes paraísos: el lar era el *locus amoenus*:

Antes del lóbrego fluir de los taxis por la ciudad nocturna, antes de los gatos y perros vagabundos rodeando los tarros de basura que crecen para el alba de los desventurados, antes que los brocales de la Frontera fueran cerrados por el trabajo de las abejas de la muerte en los turbios espejos de las pensiones, el río recién nacía al reflejo de su rostro unido al rostro de la amada, y a su paso florecían las lomas de la infancia, el sol brillaba como el yelmo del Conquistador y el bosque le entregaba el tótem de los aucas que nadie supo describir bajo sus tristes párpados entornados. Antes de esos bares donde comen los pobres estrujando sus últimos billetes como un invierno mendicante las hojas de los álamos, antes del tiempo estepario de los bares y el Café, antes del despertar friolento en las plazas sin fotografías, antes del cáliz del cloroformo del hospital, y de la implacable costra de cemento que se preparaba a sellar sus días, resonaba siempre en sus oídos como el mar en los caracoles el rumor de la casa natal y el

sueño le traía el regazo de los verdes paraísos. Ahora que el náufrago de la noche, el viejo gladiador vencido desdeñado por la luz de la ciudad “servidora sólo de los ricos” sea hallado por la lluvia de Nielol que piadosa lave su rostro original. Ahora que su recuerdo sea la llama azul que remienda los puentes preparando el paso de la primavera que viene a oprimir locamente los timbres , y su palabra esa flor que nos aguarda entre los escombros del tiempo que nos vence y que él ya ha vencido.

Las imágenes contrapuestas que en este poema se presentan son claras para explicar la oposición lar v/s ciudad en Teillier. Los elementos de la ciudad parecen estar marcados por la muerte: el lóbrego fluir de los taxis; los gatos y los perros vagabundos; el alba de los desventurados; las abejas de la muerte; los turbios espejos de las pensiones; el tiempo estepario de los bares y el Café; las plazas sin fotografías; el cáliz del cloroformo del hospital; la implacable costra de cemento. En cambio, los elementos del lar parecen plenos de vida: el río recién nacía; florecían las lomas de la infancia; el sol brillaba; los verdes paraísos. El sujeto al que se refiere el hablante ha sido derrotado por la ciudad “servidora sólo de los ricos” (contaminada por la legalidad del dinero) y se pide por que vuelva a su tierra originaria para ser limpiado por la lluvia. Pero el lar fue antes, la ciudad es ahora. Y ahora queda sólo el recuerdo de Teófilo. Su palabra, su recuerdo, es lo que sustenta al lar del poema.

Teillier escribe desde la ciudad. Y en la ciudad el sujeto se siente amenazado, aparece encerrado, ya no en la casa, sino que en el bar o en la clínica: ya no existe la comunidad de la aldea, ésta se vuelve psicópata.

Paisaje de clínica A llegado el tiempo En que los poetas residentes Escriban acrósticos A las hermanas de los maníaco-depresivos Y a las telefonistas. Los alcohólicos en receso Miran el primer volántin Elevado por el joven psicópata. Sólo un loco rematado Descendiente de alemanes Tiene permiso para ir a comprar “El Mercurio”. Tratemos de descifrar Los mensajes clandestinos Que una bandada de tordos Viene a transmitir a los almendros Que traspasan los alambres de púa. William Gray, marino escocés, Pasado su quinto delirium Nos dice que fue peor el que sufrió en el Golfo Pérsico Y recita a Robert Burns Mientras el “Clanmore”, su barco, ya está en Tocopilla. Allegado el tiempo En que de nuevo se obedece a las campanas Y es bueno comprar coca-cola A los hermanos Hospitalarios. El Pintor no cree En los tréboles de cuatro hojas Y planea su próximo suicidio Herborizando entre yuyos donde espera hallar cannabis para enviarla como tarjeta de Pascua a los parientes que lo encerraron. Los caballos aran preparando el barbecho. En labor-terapia Los mongólicos comen envases de clorpromazina. Saludo a los amigos muertos de cirrosis Que me alargan la punta florida de las yemas De la avenida de los ciruelos. La Virgen del Carmen Con su sonrisa de yeso azul Contempla a su ahijado Que con los nudillos rotos Dormita atiborrado de Valium 10. (En el Reino de los Cielos Todos los médicos serán dados de baja). Aquí por fin puedes tener Un calendario con todos los días Marcados de rojo O de blanco. Es la hora de dormir –oh abandonado- Que junto al inevitable crucifijo de la cabecera Velen por nosotros Nuestra Señora la Apomorfina Nuestro Señor el Antabus El Mogadón, el Pentotal, el Electroshock. (PPF, 62-64)

El sujeto está encerrado en la clínica psiquiátrica, rodeado de alcohólicos, psicópatas,

mongólicos, suicidas: clara alegoría de lo que es la ciudad para el individuo moderno. Ya no mantiene comunión con la tierra, y los Divinos de Heidegger son reemplazados por medicamentos (recordemos el “cáliz del cloroformo del hospital” del poema anterior), es a ellos a quienes se les ruega. Las imágenes del lar o la aldea también aparecen amenazadas: los almendros están encerrados por alambres de púa. Lo único que le espera al sujeto es la muerte. La labor del poeta también cambia: ya no describe el paisaje como Teillier señalaba en “Los poetas de los lares...”. es decir, lo describe, pero el paisaje ahora es una clínica. El poeta ya no está en el lar, apenas lo recuerda en este poema; el poeta ahora es residente de una clínica psiquiátrica, “habita” en una clínica.

Otro encierro en la ciudad lo constituye el bar:

Pequeña confesión Sí, es cierto, gasté mis codos en todos los mesones. Me amaron las doncellas y preferí a las putas. Tal vez nunca debiera haber dejado El país de techos de zinc y cercos de madera. En medio del camino de la vida Vago por las afueras del pueblo Y ni siquiera aquí se oyen las carretas Cuya música he amado desde niño. Desperté con ganas de hacer un testamento -ese deseo que le viene a todo el mundo- Pero preferí mirar una pistola La única amiga que no nos abandona. Todo lo que se diga de mí es verdadero Y la verdad es que no me importa mucho. Me importa soñar con caminos de barro Y gastar mis codos en todos los mesones. “Es mejor morir de vino que de tedio” Sin pensar que pueda haber nuevas cosechas Da lo mismo que las amadas vayan de mano en mano Cuando se gastan los codos en todos los mesones. Tal vez nunca debí salir del pueblo Donde cualquiera puede ser mi amigo. Donde crecen mis iniciales grabadas En el árbol de la tumba de mi hermana. El aire de la mañana es siempre nuevo Y lo saludo como a un viejo conocido Pero aunque sea un boxeador golpeado Voy a dar mis últimas peleas. Y con el orgullo de siempre Digo que las amadas pueden ir de mano en mano Pues siempre fue mío el primer vino que ofrecieron Y yo gasto mis codos en todos los mesones. Como de costumbre volveré a la ciudad Escuchando un perdido rechinar de carretas Y soñaré techos de zinc y cercos de madera Mientras gasto mis codos en todos los mesones. (PPF, 77, 78)

En el bar el sujeto se encierra y desde ahí recuerda y anhela la vuelta al “país de techos de zinc y cercos de madera”. Pero se queda en la ciudad y gasta sus codos en los mesones. Este poema revela la angustia que se vive en la ciudad, la sensación de muerte (y el anhelo de ella), el hastío de vivir: “Desperté con ganas de hacer un testamento”; “Preferí mirar una pistola, la única amiga que no nos abandona”; “Me importa soñar con caminos de barro y gastar mis codos en todos los mesones”; “Es mejor morir de vino que de tedio”; “Da lo mismo que las amadas vayan de mano en mano”. Al parecer ya no se quiere volver al pueblo, sólo se sueña con él, se ha perdido todo vínculo con el pueblo: “Como de costumbre volveré a la ciudad/ Escuchando un perdido rechinar de carretas/ Y soñaré techos de zinc y cercos de madera/ Mientras gasto mis codos en todos los mesones”:

Finalmente, la relación que el sujeto establece con el lar y la ciudad en Teillier llega a un punto de no pertenencia a ninguno de esos espacios, pues como leemos en “Notas sobre el último viaje del autor a su pueblo natal”, el poeta nos dice: (...)”Pienso por primera vez/ que no pertenezco a ninguna parte,/ que ninguna parte me pertenece”:

1 En el pueblo donde algunos me conocen como el poeta cuyo nombre suele aparecer en los diarios, paseo por la Calle Comercio que ahora se llama Avenida Bernardo O'Higgins (Como en Santiago). He comulgado con la tierra. Voy a la Sidrería Allí están los parroquianos de siempre y me saludan mis viejos compañeros de curso que sueñan con ser alcaldes o regidores o comprarse una citroneta. Ha cerrado el cine. Aún quedan affiches que anuncian películas de Sepia. A lo largo de los cercos las ortigas siguen hablando con su indestructible lenguaje. En el techo de mi casa se reúne el congreso de los gorriones Pienso por primera vez que no pertenezco a ninguna parte, que ninguna parte me pertenece. (PPF, 81)

Nos encontramos con un sujeto que ya no puede encontrar su centro en el mundo, que ya no habita en ningún lugar, que oscila entre el recuerdo del mundo láríco y la ciudad. Se vuelve al pueblo, pero ya no se pertenece a él. Ahora se vive en tensión constante entre la experiencia de ciudadano y el pasado mítico de la aldea: "El poeta regresa contaminado al lugar de origen, transformado en otro. Su anhelo del mundo láríco es también –o ya era- un sueño de la modernidad. El fracaso del deseo por instalar su objeto en el pasado, lo convierte en un agente de deterioro para el poeta, intensifica sus impulsos autodestructivos. El poeta se encuentra –y trata de encontrarse a sí mismo- entre el espacio urbano y el espacio natal en trance de desaparición. Es un sujeto escindido, desintegrado, diseminado entre el presente urbano y el pasado láríicamente evocado. Ha terminado por estar fuera de todo lugar. En la ciudad es apenas un sobreviviente que resiste. Su existencia transcurre entre el bar y la clínica. La clínica se hace alegoría de la sociedad moderna. El espacio láríco ha llegado a ser sólo utopía de la reconciliación con la tierra y los otros"²⁴. El sujeto teillieriano experimenta un desarraigo total. Vuelve al pueblo, pero ya nada lo vincula con él, ha perdido el arraigo.

Al pueblo llega la tecnología, aquella que Teillier negaba y, con esa llegada, cambian el espíritu y las costumbres del pueblo:

6 A los mapuches les gustan las canciones mexicanas del Wurlitzer de la única Fuente de Soda. La escuchan sentados en la cuneta de la Calle Principal. Van a la vendimia en Argentina y vuelven con terno Azul y transistores. Ha llegado la TV. Los niños ya no juegan en las calles. Sin hacer ruido se sientan en el living para ver a Batman o películas del Far West. Mis amigos están horas y horas frente a la pantalla. Tengo ganas de que lleguen los Ovnis. (PPF, 83)

Ahora Teillier admite que la ciudad lo ha absorbido y que ha caído en la trampa de las relaciones sociales, que es alguien sólo porque un carnet lo dice:

7 Me cuesta creer en la magia de los versos. Leo novelas policiales, revistas deportivas, cuentos de terror. Sólo soy un empleado público como consta en mi Carnet de identidad. Sólo tengo deudas y despertares de resaca donde hace daño hasta el ruido del alka seltzer al caer al vaso de agua. En la casa de la ciudad no he pagado la luz ni el agua. Sigo refugiado en los mesones mirando los letreros que dicen "No se fía". Mi futuro es una cuenta por pagar. (PPF, 83)

Frente al hastío y al aburrimiento ciudadanos, Teillier se vuelca a los bares, los únicos lugares en los que encuentra paz y refugio y puede olvidar (o hacer como que olvida) su

²⁴ Schopf, Federico: artículo citado.

existencia agonizante en la ciudad, esperando que caiga “a su mesa un vino amigo que se entregue alegre y dócil a sus venas”, pero “con toda la tristeza de un domingo”, como escribió Armando Rubio. En la “Ciudad Envenenada”, está solo, no hay nadie a quien quiera llamar por teléfono (“Lentejuelas”, DP, 171).

V.- El habitar poético

Lo inventado para la memoria

es lo único fiel

Crónica del forastero

Vimos en el capítulo anterior las diferentes visiones de Jorge Teillier frente al lar y la ciudad. Fue posible encontrar dos espacios, dos instancias del sujeto que el poeta configura: el lar, la aldea, la casa: lugar ideal y originario, pero mitificado, desapareciendo, en proceso de destrucción, accesible a través de la memoria y de las imágenes del sueño. La ciudad: sujeto instalado en el mundo moderno que lo agobia y lo amenaza, que lo abandona y lo deja solo, que lo encierra y lo lleva a la muerte, donde no es posible el habitar de Heidegger: : *locus amoenus* v/s *infierno*.

Teillier postula el rescate del lar y el rechazo a las ciudades a través de la memoria, pero de la memoria como escritura: “El poeta, entonces, como el artesano, deberá conservar las cosas reales, en vías de extinción, frente a esta invasión de las irreales que nos son impuestas en serie”²⁵.

El lar de Teillier no es una utopía, entendiendo la utopía como algo irrealizable, como un “emplazamiento sin lugar real” que mantiene “con el espacio real de la Sociedad una relación general de analogía directa o indirecta. Es la sociedad misma perfeccionada, o bien, el reverso de la sociedad, pero, de cualquier forma, estas utopías son espacios

²⁵ Los poetas de los lares.... Prosas. P.26

fundamentalmente, esencialmente irreales”²⁶, es decir, no pueden realizarse. El lar, por lo tanto, siguiendo esta definición de utopía, no se constituiría como tal porque el espacio láríco sí se da, sí se realiza, sólo que de una manera especial. Foucault expone para esto otro concepto: las heterotopías, que define de la siguiente manera: “(...)suertes de contra-emplazamientos, suertes de utopías efectivamente realizadas en las que los emplazamientos reales que es posible encontrar en la cultura, están a la vez, representados, contestados e invertidos”²⁷. En Teillier el espacio láríco es dable (si bien en una etapa terminal), por lo tanto puede constituirse como una heterotopía a la manera de Foucault. La heterotopía se da, pero se da en la escritura o a través de la escritura. Es mediante la escritura (la escritura como ejercicio de la memoria donde encontrar el anhelado arraigo) como Teillier vuelve a su paraíso perdido, al lar; no es posible regresar de otra forma, el viaje físico no es posible porque ese lugar ya no existe o está demasiado degradado. La única manera de recuperarlo, de reencontrarse con él y con la felicidad, es a través de la memoria y de la escritura, a través de la poesía.

No hablamos de la poesía por la poesía, sólo como un conjunto de palabras manejadas estéticamente. Teillier dice: “[Q]uiero establecer que para mí lo importante [es] la poesía como creación del mito, de un espacio y tiempo que trasciendan lo cotidiano, utilizando lo cotidiano”²⁸. Es, precisamente, lo que hace Teillier: mediante la utilización de un lenguaje sencillo describe un paisaje, el del lar, el del pueblo o la aldea, y lo mitifica, lo dispone como un lugar ideal, como un *locus amoenus*, pero dable sólo a través de la escritura sustentada en la memoria, en el no-olvido de aquel espacio que ha desaparecido pero que sin embargo aún existe por cuanto puede habitarse en la poesía: “[Teillier] rechaza el olvido del pasado, que se encuentra cohabitando cada rincón de nuestra experiencia cotidiana”²⁹.

Es la poesía el lugar donde verdaderamente habita Teillier; su experiencia poética, a través de la que se manifiesta el lar, es el lugar donde Teillier habita en relación al cielo y la tierra, en vínculo armonioso entre lo divino y su ser esencialmente mortal. Teillier realiza, entonces, un habitar poético.

²⁶ Foucault, Michel: Op. Cit. P. 31

²⁷ Idem. P. 32

²⁸ Teillier, Jorge: Sobre el mundo donde verdaderamente habito o la experiencia estética. En: Prosas. P. 64

²⁹ Traverso, Ana: Discusión del concepto de poesía láríca. En: Documentos lingüísticos y literarios, nº 24-25. Universidad Austral de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Instituto de Lingüística y Literatura, Valdivia, 2001-2002. P. 69

Conclusiones

La obra poética de Jorge Teillier revisada por nosotros en el presente trabajo se configura desde dos espacios bien determinados: el lar y la ciudad. El lar (la aldea o pueblo pequeño) es para el sujeto teillieriano el lugar ideal, un lugar sustentado por el vínculo que se establece entre él y el hombre, vínculo originario, de parentesco, de asimilación de ciclos naturales, de convivencia armónica con los objetos cotidianos y con los antepasados, un lugar donde el hombre puede domiciliarse y habitar según la manera de Heidegger

La ciudad se nos presenta como lo contrario, como el lugar en donde el hombre vive en tensión y angustia constante, en donde no encuentra su centro; la ciudad es siempre amenazante en la obra de Teillier, el hombre en ella se entrega a la muerte o quiere morir, el hombre es un “ciudadano honorable y bien peinado, pero triste”, “que atraviesa los bares con soledad naviera y de naufragio”, que se encierra en el bar o en la clínica. Esto por la pérdida de aquel vínculo originario.

Pudimos comprobar que la propuesta de Teillier en su artículo o poética titulado “Los poetas de los lares. Nueva visión de la realidad en la poesía chilena” (1965) coincide con los dichos de Spengler en *La decadencia de Occidente*. Se establece una concordancia en cuanto a la visión que ambos tienen de las ciudades (de las grandes ciudades): para ellos estas ciudades representan el fin del hombre, la “pulverización del yo” (Teillier) y el epílogo de la cultura o la historia (Spengler), a causa de la legalidad que establece el dinero, el sistema económico, que impone un vínculo social por sobre el originario que se dio en los pequeños pueblos o aldeas.

Calvino expresa una idea semejante en *Las ciudades invisibles*, comparando a las grandes urbes con un infierno que, por cierto, los habitantes mismos de las ciudades construyen. Desarrolla también la idea de una ciudad arquetípica que cada habitante lleva incorporada y con la que se construye su propia visión de ciudad. Podemos decir que para Teillier el arquetipo es el lar, la aldea o el pueblo pequeño. Y este arquetipo es lo que lo ayuda a escapar, en un primer momento, del infierno de la ciudad, o a descubrir, como dice Calvino, qué o quién, dentro del infierno, no es infierno, y darle espacio (este arquetipo no es, como vimos, una utopía; es, más bien, una heterotopía). En el infierno que constituye para Teillier la ciudad, él construye (mediante la memoria y el deseo y la escritura) el espacio del lar. Sin embargo, sabemos que este lar está en proceso de destrucción incluso en esta instancia, incluso dentro de lo que Teillier construye con la memoria, con el recuerdo de ese lar pasado (“Otoño secreto”, “Bajo un viejo techo”). En este sentido (el lar de la memoria), el espacio lárlico se configura míticamente.

En el lar el hombre, el mortal, habita al modo de Heidegger (se percibe como hombre en la tierra en relación a cuatro categorías: Tierra y Cielo, los Divinos y los Mortales). Pero como el lar ya no existe o si existe lo hace sólo en el mito, el habitar se da a través de la escritura. Entonces, el lugar donde “verdaderamente habita” el poeta (donde se despliega lo cuadrante), se da en la escritura, en la propia poesía. En (a través de) la poesía Teillier construye su mundo “como un artesano”.

Deseo, memoria y escritura: tal es el habitar poético de Teillier.

Bibliografía

1.- Obras de Jorge Teillier

Crónica del forastero. Premio Crav de Poesía, 1968. Impreso en los talleres de Arancibia Hnos, Santiago-Chile.

Los dominios perdidos. Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme/ Poetas Chilenos, Santiago, Chile, 1998.

Para ángeles y gorriones. Editorial Universitaria, Colección El poliedro y el mar, Santiago de Chile, tercera edición, septiembre de 1999.

Para un pueblo fantasma. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Colección Cruz del Sur, Chile, 1978.

Prosas. Edición de Ana Traverso. Editorial Sudamericana Chilena, Biblioteca Transversal, 1999.

2.- Bibliografía crítica sobre Jorge Teillier

Binns, Niall: Reescritura y política en la poesía de Jorge Teillier. En: Acta literaria, Universidad de Concepción, Facultad de Humanidades y Arte, N° 22, 1997.

Schopf, Federico: El rojo esplendor de una catástrofe. En: www.uchile.cl/cultura/teillier . Originalmente en: La Epoca, 12 de mayo de 1996.

Traverso, Ana: Discusión del concepto de poesía lárca. En: Documentos lingüísticos y literarios, n° 24-25. Universidad Austral de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Instituto de Lingüística y Literatura, Valdivia, 2001-2002. Pp. 63-70

Traverso, Ana: Las ruinas y Jorge Teillier. En: www.uchile.cl/cultura/teillier . Originalmente en: *El Metropolitano*, Santiago, domingo 30 de mayo de 1999

Valdivieso, Jaime: La otra realidad de Teillier. En: www.uchile.cl/cultura/teillier . Originalmente en: Trilce, n° 1, junio de 1997, Concepción

3.- Bibliografía marco teórico

Calvino, Italo: Las ciudades invisibles. Minotauro, Buenos Aires, tercera edición, abril de 1988.

Foucault, Michel: Utopías y heterotopías. En: Revista Licantropía, n° 3, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, Santiago, diciembre de 1994. Pp. 30-35

Heidegger, Martin: Construir, habitar, pensar. En: Filosofía, ciencia y técnica. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, cuarta edición, 2003. Pp. 199-219

Simmel, Georg: Las grandes ciudades y la vida intelectual. En: Discusión 2, Barcelona, 1978. Pp. 11-24

Spengler, Oswald: El alma de la ciudad. En: La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal. Espasa-Calpe Argentina, S.A. Buenos Aires, 1952. Pp. 119- 150